CASTILLO DE LOS CONDES DE BENAVENTE.

A la estremidad oriental de esta antigua villa se encuentran las ruinas del palacio de los Pimenteles, dueños y señores de esta poblacion. El orígen histórico de la fortaleza, cuya vista principal presentamos á la cabeza del presente artículo, es tan dudoso como el de Benavente, porque si bien es cierto que esta poblacion perteneció en un principio á los caballeros templarios, y fué cedida mas tarde por el Rey Don Enrique II á su hijo D. Fadrique habido con su amiga Doña Beatriz Ponce de Leon, siendo el primero que mereció en Castilla el título de Duque, no se puede fijar, sin embargo, la época de la fundacion del palacio-castillo de los P menteles, hoy perteneciente al Excmo. Sr. Duque de Osuna. Los viajeros que visitan las ruinas de este grandioso y pintoresco edificio se pierden en conjeturas para reconocer el mas pequeño testimonio de su antiguedad, porque ni una insignificante inscripcion, ni un dato arqueológico de la menor importancia corresponden á la curiosidad investigadora del observador. Unicamente debemos á la buena amistad de una apreciable persona que reside actualmente en Benavente y la cual nos facilitó algunas de las noticias mas importantes de este artículo (1) el siguiente párrafo perteneciente á una historia manuscrita de esta villa, escrita por el Dr. Ledo. «El castillo «con dos torres-dice al tratar de la antiguedad de este «ducado-que sirvió de primera defensa á su poblacion «fué demolida muchos años despues de haberla do- «minado los sarracenos, como se nota en los cimientos «que aun subsisten á la parte del Poniente. *La fortaleza «que existe hoy es fabricada despues de la espulsion de los «Sarracenos* y fundacion de esta villa.»

Las ruinas de este palacio-fortaleza ocupan una área de seiscientos y diez y ocho pies naturales, y estan situadas sobre una elevacion plana entre las últimas casas de la villa. Cerca de sus murallas cubiertas de hiedra y abiertas por el ariete de los siglos atraviesa el *delicioso* y *pintoresco paseo de La Mota*, que mereció de Napoleon el título de bello y sorprendente. La perspectiva que se descubre desde los alrededores del palacio-castillo y mucho mas desde los corredores y balcones de la fortaleza, cuando existian, es en estremo agradable y poético. El horizonte se dilata y se pierde de vista y el sol improvisa los cambiantes mas deliciosos derramando su luz sobre bosques umbrios y prados cubiertos de blancas margaritas. Al Sur y Occidente el rio Orbigo, célebre por las sangrientas batallas que presenció entre cristianos y sarracenos, se parece á un inmenso reptil cubierto de escamas que sestea al borde de los oscuros sotos, abandonados jardines y huertas de los poseedores del castillo, y por último los molinos y los pueblos inmediatos que se descubren en lontananza sobre las lomas de los puertos de Sanabria y Galicia como espertos ginetes á las ancas. El mismo rio Orbigo baña hácia el Occidente los cimientos del palacio-castillo cuyos robustos cubos, majestuosas murallas, fuertes almenas y grandes ventanas despojadas de sus balcones por los franceses en su invasion de 1808, se encuentran en un estado menos ruinoso que lo restante del edificio.

Por la parte del Mediodía se entra al castillo, viniendo por la puerta llamada del Puente, por otra angosta construida entre dos cubos de piedra como los que miran al Poniente y sobre sus antiguos linteles, se distingue una figura de piedra que representa un hombre á caballo galopando. El vulgo cree que representa al Apóstol Santiago, pero debe ser el busto de algun caballero perteneciente á la familia de los

(1) El Sr. Charro Hidalgo.

Pimenteles, ascendientes de los Condes de Benavente.

Desde esta puerta se sube, mirando al Norte y dejando la fortaleza á la izquierda con sus escamados de piedra y á la derecha las antiguas caballerizas del palacio, por un callejon estrecho, largo, oscuro y empinado á causa de la elevacion del edificio que desemboca en el mencionado paseo de *La Mota*. Esta fachada forma un contraste regular y completo con la del Oeste. Aquí todo es lúgubre y sombrío: sus murallas están ennegrecidas y cubiertas; el musgo desfiguró las escamas de los pequeños cubos, y el silencio de este pasadizo que tanto se parece á un subterráneo imprime al edificio el carácter de una cárcel lóbrega y aterradora. Por lo contrario, en la fachada del Poniente todo es animacion y variedad: las aceñas al pie del precipicio sobre el cual está fundada la fortaleza se parecen á grandes nidos de alondra ocultos entre árboles y los cantares de las lavanderas que acompañan al murmullo del rio se confunden con las voces de los transeuntes y los ladridos de los perros de las cercanas huertas. Algunas veces, y en particular en los dias de fiesta, tambien llega hasta las ventanas de la fortaleza por esta parte el eco del tamboril y la flauta que entusiasma á los jóvenes de ambos sexos, los cuales reunidos hácia la fuente de las *aguas saludables* bailan sin tregua ni descanso. Un frondoso bosque cuyos árboles nunca vieron el sol se encuentra tambien bajo el mismo precipicio sobre la márgen izquierda del rio y contienen al parecer la próxima ruina de esta fortaleza que con sus escombros podia hacerle desaparecer y suspender como un nuevo Moisés su curso.

El palacio-fortaleza de Benavente como el castillo de Corullon cerca de Villafranca del Vierzo, las torres de Altamira en las inmediaciones de la ciudad de Santiago y otros monumentos antiguos que hemos descrito en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO conserva el carácter ambiguo de defensa y recreo perteneciente á los edificios que servian á la vez de castillo y palacio. Por esta razon desde las almenas y los cubos se distinguen bosques y jardines de suerte que no siempre sonaria el alerta del vigía dentro de sus muros sino tambien la corneta de caza que anunciaba un dia de caballeresco recreo por las orillas de aquel rio que ha llevado tantas veces en su corriente sangre castellana aguerrida y valerosa.

DOS FLORES Y DOS HISTORIAS.

(Conclusion.)

TRISTE HISTORIA DE UNA AZUCENA.

Voy á empezar mi triste historia, y si tuvieran las flores lágrimas muy amargas las verteria; tanto me afligen los recuerdos, tanto me lastima el dolor. Quiero hablar de mi nacimiento y, para colmo de infortunio, aun antes de venir al mundo presencié tristísimas escenas que no quiero referir.

Yo, pobre flor, debo la vida á una raiz arrancada de una deliciosa pradera y encerrada en un frágil vaso de barro por una viuda, que inmediatamente me condujo á su modesta habitacion. Instalada en ella, debo hablar de las únicas personas que me fecundaban con su llanto, y empezaré por retratarlas.

Contaria la viuda mi dueña cuarenta y cinco años lo mas; pero su rostro demacrado manifestaba claramente los sufrimientos del espíritu y las contínuas privaciones que esperimentaba la carne. Nada diré de sus facciones, pues la belleza y la fealdad quedan iguales bajo el velo de un obstinado padecer. El cielo, que al lado del mal suele colocar el remedio, concedió á la pobre viuda un tierno hijo, que ya consolaba sus penas y ya la mostraba á lo lejos la hermosa luz de la esperanza. Julio, era este su nombre, contaba diez y nueve años no cabales; pero en su rostro no brillaba la alegría de la primera juventud. Tenia ojos negros, cabellos negros, facciones delicadas, tez blanca como el mármol de Paros, y su talle era tan flexible como la vara de un clavel.

En los repetidos coloquios de estos dos séres, tan unidos y tan desgraciados, noté, que la pobre viuda se quejaba de una enfermedad incurable, y que Julio, aunque procuraba disipar la triste persuasion de su madre, opinaba del mismo modo. ¿Y cómo dudar de ello? El jóven, solo algunas veces y otras muchas acompañado de su madre, habia visitado á los médicos de mas fama; opinando los mas, que la enfermedad de la viuda necesitaba suave clima, sanos y escogidos alimentos, tranquilidad de cuerpo y alma: en una palabra, que estaba atacada de tisis. ¡Cuánto sufrió Julio al oir los preceptos medicinales! Su pobreza no le permitia variar de domicilio, ni dar á su madre sanos y agradables alimentos; lo único que podia hacer era dedicarse á las domésticas tareas, y aunque la enferma trató de impedírselo, tuvo que ceder, cuando enteramente estenuada cayó en el lecho moribunda.

¡Cuántas escenas de amor filial, amor tan santo como el de los ángeles á Dios, podria referir! ¡Cómo se afanaba el pobre Julio, dedicándose á unas faenas que apenas conocia de nombre! ¡Con cuánta amargura lloraba cuando no podia dar á su madre los indispensables auxilios, y qué satisfecho parecia al presentarla un caldo sustancioso, un vaso de leche, ó una costosa medicina! Inútil afan. La viuda espiró en los brazos de su hijo, y despues de haber llorado este largas horas sobre el cadáver de su madre, vino á derramar algunas lágrimas sobre mi tierno tallo, todavía de incierto y pálido verdor.

Murió la viuda: el triste Julio tuvo que vender una parte de sus vestidos para comprarla sepultura, y que acompañarla, solo y llorando, á la mansion del reposo eterno y profundo.

No hubiera hablado de estas escenas sin una notable circunstancia que me las hace recordar. La viuda tuvo siempre por mí particular predileccion; me cuidó con singular esmero, y momentos antes de morir me recomendó á su tierno hijo, como pudiera haberlo hecho confiándole la educacion de una hermanita huérfana al punto de nacer.

Julio amaba mucho á su madre para olvidar un solo dia el mas pequeño de sus encargos, y me cuidó con el mismo esmero que si hubiera sido su hermana: el huérfano se marchitaba bajo el peso de su infortunio, pero mis hojas y mi tallo fueron creciendo lentamente con la brisa de sus suspiros y con el riego de su llanto. El huérfano se pasaba las horas inclinado hácia mí, y me amaba como á la memoria de su madre. Aunque sumido en la miseria, puedo asegurar sin engañarme que no me hubiera enagenado por todo el oro de la tierra; y hacia bien, porque la memoria de una madre no puede compararse nunca á la posesion de un vil metal.

Pasaron dos meses: mi hermano, así á Julio debo llamar, pasaba á mi lado las horas en tristísima meditacion, y yo me creia el solo objeto que le interesaba en la tierra. Sin embargo, mucho me engaña-

ba, y poco despues tuve ocasion de reconocer lo contrario.

Era una hermosa tarde de abril: los tibios rayos del sol poniente vivificaban mi capullo, y Julio, como de costumbre, estaba sentado junto á mí. Todo era silencio y tristeza, cuando resonaron tres golpes: mi hermano se levantó al punto; abrió la puerta sin tardanza, y ví penetrar dos señoras, como de cuarenta años la una y de diez y siete la otra. A su vista se turbó el huérfano, pero ví despues en sus ojos el primer rayo de alegría que habia brillado en ellos desde la muerte de su madre: porque la mas jóven de las damas era el ídolo de su amor.

Adela, llamábase así, debió la vida á un capitan, compañero del padre de Julio, y como este muerto en el campo del honor. Huérfana de padre, como lo habia sido hasta dos meses antes mi pobre hermano, crecia al lado de otra triste viuda, y el infortunio de las dos familias habia estrechado algun tiempo los lazos de una buena y constante amistad. Adela era hermosa como un ángel, y Julio la amaba como los ángeles á Dios. Un solo defecto de la jóven, defecto pueril en verdad, inquietaba el corazon de Julio: y era que mientras oculto y desconocido enteramente se encontraba fiero con su pobreza, Adela sufria con disgusto las privaciones, querellándose frecuentemente, y suspirando por el fausto y el esplendor.

Adela y su madre no habian asistido á la viuda en su postrera enfermedad, porque, ausentes á la sazon, la supieron junta con su muerte por una carta de mi hermano: pero llegadas á la corte se apresuraron á visitar al huérfano desconsolado.

¡Cuánto agradeció el pobre Julio esta inesperada visita! El corazon profundamente lacerado es una esponja que percibe todo bálsamo que le toca, todo tósigo que lo envenena: una blanda masa de cera pronta á recibir toda forma.

No contaré los pormenores de esta entrevista: Julio amaba á Adela mas que á mí, quizás mas tambien que á la memoria de su madre. ¡Pobre jóven! Entre la miseria y las lágrimas habia alimentado un amor tan inmenso, tan inestinguible, tan puro, como la bienaventuranza de los escogidos del Señor. Esta visita, tan casual como motivada, debia influir poderosamente en el destino de mi hermano. Adela se aproximó á mí: tocó mi tallo y mi capullo con sus dedos, tan blancos y aterciopelados como debian serlo mis hojas: alabó mi frondosidad y profetizó mi belleza. Nada mas me dijo: nada Julio la respondió.

Despidiéronse madre é hija; mi hermano las acompañó hasta la puerta, y cuando volvió derramó sobre mí mas lágrimas, en pocos minutos, que en los dos meses anteriores. En vano quise comprender el triste misterio de aquel llanto. Unas veces me figuraba que procedia de un esceso de felicidad; pero al verlo conocia que debia arrancarlo el dolor; porque era muy ardiente y amargo.

Me martirizaba la duda, cuando las sombras de la noche vinieron en breve á esplicarme la causa de aquellas lágrimas ardientes. Mi hermano comenzó á vestirse con un esmero, que jamás habia notado en él: cuando concluyó su tocado se acercó al lecho de su madre, conservado religiosamente como el cadáver lo dejó: y arrodillándose devoto ante aquel altar santificado, inclinó sobre él la cabeza y oró como pudiera hacerlo ante una imágen de la Vírgen. Alzóse, despues de haber orado; se llegó á mí; me tomó en sus brazos con la misma ternura que una madre toma á su hijo; y, echando una mirada tímida y recelosa sobre el lecho vacío y helado, me sacó de su habitacion para llevarme á la de Adela.

A mi vista lanzó la jóven una esclamacion de alegría, mostrándose mas satisfecha del fino obsequio de su amante: y sin embargo no conocia toda la estension del sacrificio, porque Julio comprendió que el mérito no estaba en hacerlo sino en saber disimularlo.

Instalada en mi nueva familia empezé á echar menos las caricias de mi hermano, y al sentir las gotas de agua sobre mis barnizadas hojas me estremecia terriblemente; porque habia crecido hasta entonces al tibio riego de las lágrimas. El silencio y la soledad de mi primer alojamiento me habian familiarizado en cierto modo con un reposo sepulcral imposible de describir, y el mayor bullicio que notaba, lejos de causarme placer, me iba produciendo lentamente una singular melancolía.

La única persona notable que de vez en cuando concurria á la modesta habitacion de Adela, era un jóven de veinte y cinco años cumplidos y llamado Luis. Este jóven habia conocido á mis dueñas en su último viaje, y aprovechaba la ocasion de presentar sus homenajes á la huérfana del capitan. La primera vez que le ví me llamó mucho la atencion, y juro que sentí hácia él una violenta antipatía. Quise fundarla en raciocinios, y no encontré buenas razones. Luis era buen mozo, elegante, fino y hablaba con facilidad: nada encontraba en su esterior que justificara mi aversion; ni la mirada de las flores ni la de los hombres penetran en los hondos senos del alma.

Adela, que habia jurado á Julio amor santo, é inestinguible, escuchaba muy complacida las lisonjas de un nuevo amante, y dispensándole atenciones espresivas aunque inocentes, desapiadadamente heria el corazon del pobre huérfano. Quiso Julio hablar; las palabras se anudaron en su garganta, roncos suspiros rebramaron en lo mas hondo de su pecho, y una lágrima fujitiva humedeció sus ardientes párpados. ¿Faltaba al huérfano valor para jugar vida contra vida la posesion de una muger religiosamente adorada? A ningun amante le falta, y un sentimiento muy amargo era el que entumecia su lengua; el sentimiento de la pobreza, tan poderoso en un hidalgo corazon.

¿Qué podia decir Julio á su amada? ¿Acusarla de ingratitud? Quizás hubiera osado hacerlo; mas para reprenderla con lealtad tendria que decirla: «Desprecia á un hombre rico, á quien es fácil realizar tus dorados sueños, y uniendo tu suerte á la mia, renuncia para siempre á toda idea de esplendor y bienestar.» Esto no puede proferirlo ningun amante; son palabras que quemarian la lengua antes de llegar á los labios y Julio no las pronunció. Se contentaba el desgraciado huérfano con pasar las noches llorando junto al vacío lecho de su madre, y disminuyendo sus visitas, acabó por no presentarse ante la muger idolatrada.

La ausencia de Julio ocupó un dia el ánimo de la

hermosa Adela, pero se fué perdiendo en breve, como un objeto que se aleja entre las brumas de la tarde. Y á la verdad, ¿para qué necesitaba Adela la memoria del perdido amante? ¿Para compararlo? mal librado debia salir mi buen hermano en el parangon. Luis se presentaba ante la jóven con una esquisita elegancia, con un lujo deslumbrador: el huérfano llevaba siempre el mismo raido traje de luto, y el encogimiento que le daba su precaria y triste situacion. El nuevo amante hablaba siempre de espectáculos, trenes y joyas; el antiguo guardaba silencio ó consagraba algunas palabras á la memoria de su madre. No es necesario añadir que el primero en el voluble corazon de Adela llevaba siempre lo mejor.

En tanto que mi pobre hermano se debilitaba yo crecia; y en una mañana de mayo recibió mi caliz virginal el primer ósculo del sol. ¡Qué hermosa estaba! una flor débil, que ha sufrido tanto, no será culpable teniendo un instante de vanidad.

Adela vino á visitarme mas temprano que de costumbre, y quedó prendada de mí. Me acarició repetidas veces, como á un niño recien nacido, y me destinó á adornar su pecho, casi tan blanco como yo.

Doce horas no mas mecí mis pétalos sobre mi alfombra de esmeralda; los pulidos dedos de Adela troncharon mi talle gentil, y me dió por pedestal su seno, tambien como el mio virginal.

Se presentó Luis aquella tarde mas temprano que las anteriores; reparó en mí, nunca reparara; y dió su parabien á Adela con marcado tono de disgusto ó reconvencion; porque sabia mi procedencia. La jóven se ruborizó, quizá acordándose del amante no quedó de ella satisfecho, y para restablecer la paz fué necesario un sacrificio. Pasé al ojal del frac azul del elegante caballero.

Poco era mi valor: millares de azucenas han florecido mas hermosas, pero mi posesion era entonces un triunfo, que halagaba la vanidad del nuevo amante de la huérfana. Se despidió Luis lleno de orgullo, y bajó la angosta escalera, satisfecho de una conquista que mayores triunfos le aseguraba. Pasó el dintel, y á pocos pasos, un jóven débil pero altivo, estampó en su rostro una marca de verguenza, que rios de sangre bastarian apenas á lavarla. La diestra de Julio se habia estampado en la mejilla de su rival; la muerte de uno de los dos era indispensable.

¿Qué hacia Julio frente á la puerta que habia pasado tantas veces? Lo ignoro: pero al verme su corazon, mas que sus ojos, le dijo, que era yo, la azucena plantada por su madre y encomendada á su cuidado, la que adornaba el pecho de su odiado rival.

Ambos jóvenes convinieron en el sangriento desenlace que tamaña afrenta reclamaba; dos amigos mútuos arreglaron las condiciones del mortal duelo, y al rayar el alba todos cuatro estaban reunidos en el paraje designado. Luis llevaba el frac azul de la víspera, y yo en el ojal continuaba: Julio, tambien como la víspera, se presentó vestido de negro.

El duelo debia verificarse con pistolas y á quince pasos de distancia: el agraviado seria el primero á disparar. Cargaron los padrinos, y ambos rivales se colocaron á distancia. Luis era diestro tirador, Julio no habia tirado nunca. El rival afortunado estaba alegre, el amante despreciado guardaba una imponente seriedad.

Dada la señal, levantó Luis pausadamente su pistola, apuntó un segundo y disparó. La bala silvó al oido de Julio, llevándose un rizo de su flotante cabellera. El huérfano no se estremeció: levantó á su vez la pistola; apuntó tambien un segundo y disparó. No se estremeció Luis tampoco, pero cayó á tierra. La bala me tenia por blanco, yo estaba sobre el corazon del caido.

Los dos testigos, y Julio mas veloz que ellos, se precipitaron sobre Luis: el huérfano me arrancó del ojal salpicada en sangre caliente; los testigos dejaron caer, despues de haberla levantado, la helada cabeza de un muerto.

Julio me miró fijamente; con una mirada que no me habia nunca dirigido: me alzó despues á toda la altura de su brazo, como bandera conquistada á los enemigos; y lanzando una siniestra carcajada esclamó: «¡Esta es la memoria de mi madre!» y el que habia quitado á Luis la vida perdió al mismo tiempo la razon.

Dejando al muerto, los padrinos hubieron de acudir al loco; logrando con grandes esfuerzos conducirlo hasta un hospital. Tres dias estuve entre sus manos y escuché sus lúgubres delirios. Veia en ellos unas veces la severa sombra de su madre, que lo reprendia: otras veces la sombra de Luis, que lo amenazaba: y siempre la imágen de Adela, que se reia de su dolor. A los tres consiguieron, no sin violencia, arrancarme de la contraida diestra de mi hermano, ya marchita y casi deshojada y su carcajada siniestra me persigue como un eco desgarrador.

Esta es la historia de mi vida. ¿Qué está siendo de Adela? Lo ignoro. ¿Llora al muerto? ¿Se compadece del pobre loco? ¿Está prendada de un tercero? Todo cabe en el alma de una muger.»

Terminé el segundo manuscrito en muy distinto estado de ánimo; y reuniendo las dos historias encontré una especie de apólogo; del cual era muy fácil ir sacando un gran número de moralejas. Como la vela se consumia, y las moralejas no habian de contribuir á mi entrada en la Academia de la historia, decidí la publicacion de los anteriores manuscritos, para lograr el noble fin que ya tengo manifestado.

JUAN DE ARIZA.

LA CALESA.

Ofrecemos á la contemplacion de nuestros lectores un fiel trasunto del vehículo mas característico del pais, que como todo lo que es indígena de él se halla próximo á desaparecer, cediendo el puesto á una importacion estranjera; á los Omnibus: no nos proponemos hacer aqui un panegírico de la Calesa, queremos solo consignar en nuestras páginas una copia de estos carruajes, debida al lapiz de Alenza, por si antes de mucho llegan á ser una antigualla, objeto de estudio para los arqueólogos. Observemos la verdad con que estan reproducidos todos los contornos del calesin, lo airoso de la cabalgadura, la fidelidad en el tratado de los pormenores y adornos y sobre todo en la postura del calesero, que sentado en la zaga, sujetando con una mano el látigo y apoyando en ella el codo del otro brazo, cruzados los pies y fija la vista en el

suelo, no se sabe si dormita esperando que se le presente viaje, si se entrega en sus adentros á amargas reflexiones relativas al decaimiento de su industria, ó si, lo que es mas probable, disfruta de un agradable letargo producido por los vapores del mosto. Distínguese mas lejos una pareja que acaso no tarde en subir al vetusto elemento para continuar allí su sabrosa plática, protejida por el fuelle prudente del calesin, de las miradas celosas de un amante ó de la venganza de un esposo. ¡Oh cuantos episodios curiosos, cuantas historias de interés podria referir un calesin si los calesines tuvieran el don de la palabra!!

R.

UNA MARTIR DESCONOCIDA

Ó

LA HERMOSURA POR CASTIGO.

Cuento moral.

Maravilla del Oriente llamaban á la hija del emperador Teodosio, la *sin igual en hermosura* Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro y su honesta vida sobre todo, la atraian de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en gerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debia oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás habia visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las mas gentiles damas de Constantinopla, no veia con ellos: Pulqueria nació y habia vivido ciega hasta la edad juvenil, ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendicion de aquella muger santísima cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega habia escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio que *solicitó* y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa, en llegando la jóven á contar quince abriles.

Feliz Pulqueria por su estado, mas feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la habia enriquecido, felicísima por el amor que le tenian los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que entrada en la pubertad, y dando oidos á la voz universal que la proclamaba por la mas bella de las hermosas, nació en su corazon el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida y con razon de que su madre habitaba gloriosa la mansion de los bienaventurados, cada noche le dirigia una ardiente súplica para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Apareciósele una noche á Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, figuróse Pulqueria una noche que se le ponia delante la feliz matrona, cercada de resplandores vívidos, ceñida la sien ya inmortal con la aureola de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de fúlgidas y rojas estrellas. «Hija mia (le dijo Flaccila con acento dulcísimo) Dios que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacéroslos irremediable se seguiria vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y mas justo, bien puedes tener por cierto que la privacion de vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido sin embargo el Señor de mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma que te presento, victoriosa insignia de los mártires, necesario es, hija mia, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que mas quieras, aquello cuya vista mas ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio dia te será milagrosamente otorgada.»

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fé de su celestial orígen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que pensar y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un *sí*, este largo discurso: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no lo admitiera. ¿Qué es lo que yo amo mas en el mundo? Lo primero á mi prometido esposo, luego á mi padre, despues á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol, de que nace el dia, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rujidos oigo desde mi lecho, veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creacion entera. Admito la condicion, madre: quiero ver, *sí*. Dicho apenas este monosílabo, con la sorda articulacion de una persona que habia durmiendo, se desvaneció ó se retiró la celeste vision.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: estos en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor mas agudo; las fruiciones que el Altísimo envia á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulqueria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; tranquila y gozosa se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, ocultar la prodigiosa visita que la noche antes habia recibido. Un solo efecto visible producia el júbilo interior que saboreaba Pulqueria; el de animar su rostro con tan nuevos encantos, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y porte con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun el dia que, amando ella ya supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibia de todos, aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina hermosura, nunca mas deslumbradora que entonces, cuando el sol llegó al medio de su carrera. Instantánea y sobrenaturalmente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve, sin que la luz la ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y de Teodosio, la mas bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un ¡ay! prolongado se reasumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos: tres veces creyó que habia muerto y que revivia. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estátuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso en fin conocerse á sí misma. Llevóla Teodosio á un espejo de plata tersísimo... miróse en él... y vió en la pulida superficie una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió un collar, y mas arriba un zarcillo á cada lado, y mas arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movian en el espejo segun movia el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubria en el espejo ni rastro. Llevóse la princesa la diestra á la frente, y entonces desapareció parte de la diadema como si la taparan con algo, apareció en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano, despues de muy pocos instantes de prueba se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponian, menos la imágen de la princesa, desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo: quiso Pulqueria esplicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila; y negóse mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposicion habia de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos sí la veian en el espejo y respondiéronle que sí, porque para ellos el espejo representaba la imágen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó pues en la cuenta de que el objeto que no le habia de ser visible en su vida eran sus gracias, y por consiguiente que lo que ella amaba mas y con mas ahinco apetecia ver en el mundo no era su padre ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algun género de duda la hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en la bruñida lámina, le hubieran hecho comprender que una hermosura célebre adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez y aun sin quererlo de suyo, habia de venir por último á idolotrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer mil y mil veces: queria pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caida de ojos, percibir el roce y crecimiento de los matices purpúreos con que teñia el rubor sus mejillas, estudiar el tocado mas propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos y el vestido mas conveniente para que resaltara la morvidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; queria en fin conocerse y gozar de sí: habia creido llegada la hora, y hallaba que para todo tenia vista, menos para verse: no podia ser el chasco mas doloroso, ni mas atroz el martirio. Sollozos y lágrimas de amargura se tornó en seguida el momentáneo alborozo que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo) parecia mas bella que antes, cuando solo respiraba alegría: díjole Favencio que estaba mas hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la série larguísima de padecimientos que veia se le preparaban, hubiera querido entonces, que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que nadie hubiera podido echársela en cara.

Desde aquel dia que tan venturoso habia de ser para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazon el contento; pero su seriedad, bien que triste era bella: todos eran á decírselo y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. Cuanto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el príncipe, ya en la lengua de Pindaro, ya en el metro de Horacio. ¡Cuanto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados entre quienes solia repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veian, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura:» esclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecian á Favencio. Desesperada, furiosa, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgreñó su cabello y se vistió con un trage tosco de esclava... nunca mas seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia y al mismo Favencio que para no alabarla no la mirasen; fué obedecida; pero cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos! ¿Quién la libraba? Y aquellos inocentes admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veian, no podian menos de prorrumpir con el lenguaje arrebatado de la infancia: ¡Madre, querida madre, tú eres la mas hermosa de las

mujeres!—Sí, respondia ella para sí suspirando: soy la mas hermosa del mundo y es tal mi desdicha que no puedo ver lo que soy. Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una como carta á su esposo, refiriendo la aparicion de Flaccila y la dura ley á que estaban sujetos sus ojos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre cuando le anunció que viria. Consideró que si no llevaba con paciencia la privacion de verse, durante su vida, no solo no ganaria la palma del martirio, sino que ni aun tendria el consuelo de conocerse cuando se muriera; y por saciar su curiosidad á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignacion aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El escesivo amor de sí misma la habia apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad: y aquel mismo impulso la conducia por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos benefician, segun el uso que de ellas hacemos. Asi Pulqueria, gastada algun tanto su curiosidad con el tiempo, fuése poco á poco avezando á oir sus elogios, primero sin ira, despues con tolerancia, mas adelante con sufrimiento y al cabo con humildad reverente. Siempre esperimentaba una sensacion dolorosa al oir una razon ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante despues obraba el conocimiento y decia: cuando muera me veré: sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto. No se escondia ya de las gentes para escusarse de oir felicitaciones y cumplidos; no se vestia mal para quitar lucimientos á su belleza; salia con frecuencia en público prendida y adornada como correspondia á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurriósele varias veces que su belleza naturalmente debia decaer con los años y cesar la mortificacion que le ocasionaba: equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecia con la delicada hermosura de la doncella: de treinta descollaba con la sazonada y perfecta beldad de la esposa: de cuarenta ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijos y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio habia muerto. En aquel medio siglo todo habia envejecido al rededor de Pulqueria; Pulqueria no; Pulqueria tenia la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, vinieren de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada al tocador, con el inútil espejo delante, se hallaba Pulqueria, en su cámara de vestir dejándose engalanar por sus damas, cuando la ilustre turba invadió la estancia precipitándose á los pies de la hermosísima abuela. Echada la bendicion á todos desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quien le servia el calzado, quien le rodeaba el ceñidor, quien le ponia el collar, quien le echaba á los hombros el manto, quien le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema que solo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre: Pulqueria, no obstante habia disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. «Mírate al espejo señora le dijo con tierna efusion la mayor, y mas hermosa de sus nietas, mírate y verás como todavía nos vences á todas en hermosura.» Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita aunque estaba muy agena de verse, y por primera vez de su vida percibió en el espejo una imágen que debia ser la suya. Vió primero una niña de pocos dias, que sin embargo era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de mas, y así fueron apareciendo en el espejo cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos, de manera que en un instante conoció Pulqueria todo lo que habia sido, todos los grados de belleza que habia contado desde que nació hasta aquel mismo dia. ¿Con que esta fui yo? dijo Pulqueria con un acento de indefinible espresion, que confundió á su familia, la cual no veia en el espejo, mas que la imágen de la abuela tal como naturalmente debia entonces representarla. ¿Con que esta soy yo? volvió á decir mucho mas conmovida y ya balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que le hablára lo menos treinta y cinco años antes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: «Esa fuiste, hija mia; pero mira lo que vas á ser ahora. Súbito desaparecieron en el espejo los atavíos mundanales de la princesa: cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenian sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de bienaventuranza durable; dos alas candidísimas doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así representada una figura de un ángel que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalen celeste, vió Pulqueria en el espejo despues de las gracias de su ser físico, la imágen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus lábios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó caer blandamente la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu en brazos de la bienaventurada Flaccila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La plata del espejo que ya no habia de ser profanada con otra imágen, perdió su diafanidad convirtiéndose en un mineral blanco y sin brillo, como alabastro sin pulimento, brotando en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de su vida, y se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos esperimentaron al perder á Pulqueria, se mitigó al entender por el escrito que Pulqueria infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenia la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponian al tocador para vestirse de baile, añadia de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: En efecto, queridas, el mayor suplicio para la muger es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate su orgullo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Ya que las funciones de Navidad, que todavia ocupan á los teatros, nos privan de comenzar hoy las críticas dramaticas que nos proponemos publicar periódicamente, plácenos inaugurar esta seccion del SEMANARIO poniendo en ejecucion un pensamiento que ha tiempo concebimos y aun ensayamos y que obstáculos imprevistos estorbaron llevar á cabo en EL SIGLO: propusimonos ir formando una galeria de retratos de nuestros artistas dramáticos mas aplaudidos á medida que habláramos de las producciones en cuya, ejecucion respectivamente se distinguieran. Ahora comenzamos presentando el del eminente actor é inteligente empresario del teatro del Príncipe el Sr Don

Julian Romea, que cuenta sus triunfos por las veces que aparece en escena y cuyo nombre no se estampa nunca en ninguna revista teatral, mas que para tributar justas alabanzas á su talento. Esperamos que la indicada coleccion de retratos será del agrado de nuestros lectores, especialmente de los de Provincias, y

prometemos hacer todo género de esfuerzos para que la idea se realice.

Nada podemos añadir en punto á novedades teatrales porque ninguna se ha puesto en escena desde principio de año, como no califiquemos de tal la reproduccion de la *Gazza-Ladra* de Rossini, cantada en el Circo y en la cual fueron aplaudidos el Sr. Formassari, la Señora Edelvir y el Señor Salas. R.

Completamente agotado el número primero de nuestro periódico, los nuevos suscritores no le recibirán hasta que se reparta el tercero, para cuya fecha estará corriente la nueva reimpresion que de aquel se está haciendo.

El crecido número de suscriciones que cuenta hoy el SEMANARIO, ocasiona alguna irregularidad en el reparto y envío á provincias; desde la próxima entrega nos prometemos tener organizados ambos servicios con toda puntualidad.

MADRID—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Rasola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.
PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.